

# LA HISTORIA DE HAMSON Y LINARJA

En los inicios de la Tercera Edad, los hobbits eran criaturas muy poco conocidas entre los hombres. Se habían disgregado desde el Anduin, partiendo hacia la apacible Eriador, mezclándose en su travesía con algunos hombres de aldeas cercanas y con los Dúnedain, los cuales les bautizaron como medianos en la Lengua Común.

En esta historia no serán protagonistas los hobbits de los Campos Gladios, ni los de las apacibles praderas verdes de la Comarca, sino los que se asentaron en las proximidades de la villa de Bree. Hay quien pensará que los hobbits, seres amantes de la paz y de placeres terrenales tales como la comida y la bebida, no pueden ser héroes en relatos de hazañas, mas en esta pequeña historia no habrá que empuñar espada, ni montar en bravos sementales. El talento de un hobbit tranquilo y soñador como Hamson es suficiente para que su memoria merezca ser preservada.

La primera vez que Hamson mostró pinceladas de ese talento se encontraba correteando tras un cachorrillo de la camada de su perra. Su madre, quien preparaba una sopa cuyo aroma a pimienta y a laurel era delicioso, le advirtió que no se juntara con la gente grande de la aldea, pues podían ser peligrosos. El pequeño hobbit, cuya edad no superaba las seis primaveras, desoyó sus sabios consejos en medio del frenesí de la alegría del juego y se internó por callejuelas llenas de barro por las lluvias del otoño; aquel cachorro era realmente raudo con sus tres meses de vida. El pequeño estaba inmerso en su pelaje oscuro con manchas blancas. Cuando le pillara, deseaba estrecharlo contra él, restregar su cara infantil contra su hocico. Por eso, no se percató de que, tanto el cachorro como él, habían entrado en un pequeño jardín de una casa de las afueras.

—¡Mamá! ¡Mamá! —chilló una voccecita infantil— ¡Un niño está destrozando nuestras flores!

Niño y cachorro se detuvieron en seco, aquel tapándose la boca con sus manitas, sorprendido; éste agachando las orejas, asustado. Una chiquilla de dorados cabellos, peinados en una gorda trenza, se dirigió hacia los dos con la suave piel encendida de ira.

El perrito huyó despavorido, pero Hamson permaneció clavado en la tierra, aterrorizado. Aquella pequeña furia le tiró de la oreja y le gritaba que no debía pisar las plantas de su mamá, ordenándole además que las arreglara ya mismo o si no le caería una buena tunda.

—¡Encima tus pies son muy feos!

Observó con asco los piecitos del hobbit, donde comenzaban a despuntar tímidas matas de vello. Ante tanta animadversión, Hamson obedeció con celeridad; arregló los destrozos del jardín, cuidando de las plantas tal como su madre le había enseñado. Fue ésa la razón por la que descubrió que no todos los males de las flores eran culpa suya.

—Este geranio tiene huevos de mariposa —le informó.

La pequeña se agachó para observar mejor los huecos en el tallo que Hamson le enseñaba.

—¿Se va a morir?

El pequeño hobbit dudó. La flor moriría, pero a lo mejor podría conseguir que germinara otra a partir de un injerto no infectado. Debería preguntárselo a su madre.

—Sí, pero si me dejas cortar unas cuantas ramas a lo mejor puedo traerte otro sin huevos.

La renacuaja le observó con sus ojos azules entrecerrados, recelando del destructor de jardines. Aunque debía reconocerle que en cuestión de flores parecía listo, salvo cuando las pisoteaba.

—De acuerdo, pero como no vuelvas llamaré a mi hermano y te atizará.

Hamson aceptó el trato un poco incómodo. Habiendo conocido a la hermana, no quería repetir la experiencia con alguien que seguramente sería más bruto. Se despidió de la niña y corrió lo más rápido posible hasta su casa, donde le esperaba su madre con los brazos en jarras y el ceño fruncido. La regañina se extendió hasta unas horas más tarde, donde se le prohibió salir a la ciudad hasta que fuera un hobbit sensato. Le pellizcó la oreja maltratada por la niña y le castigó sin el almuerzo de la tarde y la cena, meditando también si retirarle el primer desayuno. Hamson, lamentándose de su mala suerte, se fue a su habitación y plantó el tallo del geranio en una de sus macetas, llenas de buena tierra y en las que había planeado plantar semillas de fresas para después trasplantarlas. Temía que el hermano de esa niña llamara a la puerta de su casa; era una persona grande. Ella no era un hobbit, así que él debía de ser muy fuerte. Tiritó de pavor con sólo imaginar los músculos de sus brazos.

Cuando el brote arraigó, se escapó de casa. Numerosas pesadillas le habían acosado desde que se había llevado el tallo del geranio y quería devolverlo lo antes posible para no ver de nuevo a la terrible niña, la cual no se había olvidado tampoco de la promesa, pues le esperaba con cara de pocos amigos en la puerta de su casa.

—¿No te has movido de allí desde que me fui? —le preguntó Hamson impresionado.

—No seas tonto, he salido todas las mañanas para ver si venías.

Eso daba más miedo aún. Rápidamente le enseñó el nuevo brote de geranio y ella le indicó el hueco que había quedado vacío por la difunta planta de donde se había extraído el injerto. El hobbit con manos hábiles lo trasplantó con delicadeza y aguardó entonces a que su supervisora aprobara el trabajo.

Sus labios se tensaron y ella analizaba con ojo crítico la labor de su pequeño jardinero.

—Bien, bien. La tierra parece buena y has hecho una buena *trasgeranización*.

Hamson dudó en corregirla, pero sospechaba que si ella se enteraba de que no había dicho la palabra correcta, le habrían llovido más palos.

—Trasplantar —susurró mientras se protegía la cabeza con los brazos.

La suave voz de la pequeña sonó muy, pero que muy intimidadora.

—¿Qué has dicho?

—*Trasgeranización*. Sí, una *trasgeranización* muy buena.

Le palmeó con afecto el hombro.

—Muy bien, a partir de ahora serás mi jardinero.

Hamson había comprendido a la primera que ese nombramiento no admitía réplica alguna, por lo que debía salir de casa para cumplir con sus responsabilidades. Y así, con el paso de las semanas, fingiendo ser un hobbit modélico se le levantó el castigo. Todas las mañanas a partir de su liberación, Hamson visitaba a su pequeña patrona, cuyo nombre curiosamente compartía con una flor: Linaria. A sus órdenes, arbitrarias muchas veces, abonaba la tierra de las flores, las podaba, las mantenía libres de parásitos con la única paga de no acabar con un ojo morado hasta que un día, Linaria le confesó que era especial, que no había conocido a

nadie que fuera tan delicado con las flores. Desde que el hobbit se encargaba del jardín, éste era uno de los más hermosos de Bree después del de su propio agujero hobbit y la mano firme de la pequeña se suavizó con él. Ella se interesó por la forma extraña de sus orejas, por sus pies peludos, le preguntaba por qué su estómago parecía no tener fondo.

—Soy un hobbit. Además mi mamá dice que soy uno modélico.

—De eso nada, eres un tragón —le recriminó con una sonrisa.

Pronto, mes a mes, se fueron acostumbrando el uno al otro. Él le hablaba de sus costumbres hobbits y ella de las suyas propias. Pronto fueron dos amigos inseparables, aunque Linaria era siempre la que llevaba la voz cantante y la que repartía coscorriones cuando Hamson se animaba ligeramente, desobedeciéndola. Sin embargo, el pequeño le profesaba mucho cariño, hasta el punto de que le pidió a su madre para su cumpleaños unas semillas de la flor de la linaria, las cuales sembró con ternura, las regó con mimo y las trasplantó con cariño a una maceta para ofrecérsela a la propia Linaria, que cumplía cinco años. Hubo de esperar tres semanas para poder regalárselas en esa fecha tan especial y la niña saltó a sus brazos al recibir el precioso regalo de pétalos púrpura, que rezumaba hermosura y vitalidad.

—¡Muchas gracias, Hamson! Eres mi mejor amigo.

Siendo sinceros, hay que señalar que Hamson era su único amigo. Todos los demás habían huido de los bruscos coscorriones de la niña. Aunque, para ser completamente veraces, se debe explicar que Linaria era de carácter fuerte debido al temperamento de su padre. El pequeño hobbit sólo se cruzaba con él las noches del domingo cuando llegaba borracho como una cuba tras beberse nueve o diez pintas en la posada del Poney Pisador. Linaria había pedido al hobbit que la invitara a su casa todas esas noches, pues no le gustaba que su padre descargara la frustración de su matrimonio delante de ella; por presenciar las palizas el carácter de la pequeña se había agriado, a pesar de que, curiosamente, repetía el comportamiento de su padre. Sin embargo, esas noches en las que Hamson le permitía entrar a escondidas en su agujero hobbit sin el conocimiento de su madre, su corazón se abría y mostraba a una niña blanda. Le confesaba que se entristecía porque su madre nunca solía salir a la calle; ella no deseaba que los vecinos contemplaran su faz amoratada. Era muy infeliz; no se lo había contado a nadie, ni siquiera a ella, a quien siempre ignoraba; pero sus lágrimas de todas las noches se lo confirmaban.

—¿Y tu padre, Hamson? —se interesó una solitaria noche. Siete años él; seis ella.

La lluvia salpicaba las calles de Bree con furia. El hobbit desvió su siempre tímida mirada de las pupilas azules inquisitivas de Linaria. Ella le acarició los rizos castaños, descendiendo sus dedos por la ligeramente puntiaguda oreja de él.

—Mamá dice que lo mataron —le explicó al final en un susurro.

La niña le abrazó, expresando cada vez más ternura en sus gestos, gracias al tiempo que habían pasado juntos.

—¿Quién fue?

Los labios de Hamson temblaron. Linaria le besó con ternura en la mejilla.

—Unos monstruos.

Su madre nunca le había descrito esos monstruos que acabaron con su papá, tan hermoso y vivaracho según su madre. El pequeño le explicó sus fantasías a su amiga. Como unos demonios, similares a los que poblaban el mundo en las edades antiguas, le raptaron y le dieron muerte por rescatar a su madre de ellos. Sin embargo, aún conservaban un tesoro de

él, que pasaría a manos de Hamson cuando fuera un hobbit responsable en su trigésimo tercer cumpleaños.

Linaria no le interrogó por el tesoro, aguardando a que él se lo enseñara. Con el paso de los años, conocía a su amigo al dedillo, como él a ella. Estaba segura de que él se refugiaría en ella, tras haber aprendido que con su tristeza ella escondía las uñas y los dientes para ofrecerle el mejor consuelo.

—¿Linaria? —le preguntó Hamson, sorprendiéndola completamente.

—¿Sí?

Tomó su pequeña mano entre las suyas, acariciando el anillo de la abuela de Linaria que ella había heredado.

—No importa lo diferentes que seamos. Siempre seremos amigos, ¿no?

La niña no entendía lo que había querido decir. Ya eran muy diferentes; pero había aprendido a considerar sus orejas, sus pies, y su estómago sin fondo como características graciosas de su querido amigo. No obstante, Hamson había visto a gente grande y la había comparado con su madre. Linaria no se había encontrado con ningún hobbit adulto. Al principio él no le presentó a su madre por miedo a que ésta le regañara por acercarse a la gente grande. Después, porque temía que lo separaran de su querida amiga. Linaria nunca había conocido ese cruel dilema del hobbit, razón por la cual no comprendió la pregunta.

—Ya somos diferentes y somos amigos. Nunca, nunca nos separaremos.

Sin embargo transcurrieron los años. La niña creció, sus rasgos se transformaron en los de una jovencita y finalmente en los de una mujer hermosa de generosas curvas. Su mente también maduró y Hamson permaneció como un niño a sus ojos. Eran amigos, pero ya no como antes. Ella lo cuidaba como a un hermano pequeño, le regalaba las mejores semillas de su floristería para que él decorara su casa; pero encontró a un hombre grande y fuerte sobre el que llorar. Un pequeño hobbit ya no era necesario necesario, aunque le profesara gran cariño.

¿Cómo había cambiado Hamson con el paso de los años? Sus rasgos se afilaron más; pero no creció vello en otra parte de su cuerpo que no fuera su cabeza o sus pies. No obstante, él también maduró. Su madre se extrañó que fuera tranquilo y juicioso antes de su trigésimo tercer cumpleaños, sin disfrutar de la locura de la adolescencia hobbit. Habría sido un muchacho modélico si no estuviera abandonando muchas costumbres de su raza; en una reunión familiar todos se llevaron las manos a la cabeza, horrorizados, cuando Hamson les explicaba que no disfrutaba del banquete por falta de apetito. Ya se lo había advertido su santa madre: «No me avergüences delante de tus tíos y primos y de la abuela». El jovencito de diecisiete años de edad en ese entonces apenas probaba bocado salvo en tres comidas. Sólo tres; corría el riesgo de quedarse en los huesos.

La abuelita de Hamson, toda una matriarca que a su edad sólo podía disfrutar del placer de escuchar a sus nietos, pues había perdido la vista, le ofreció sabio consejo a la preocupada madre.

—Hija mía, la voz de nuestro joven Hamson está teñida por la amargura de un amor no correspondido. No le agobiamos.

Al finalizar esa reunión, Hamson se acercó a la floristería de Linaria, donde las flores que él le había regalado en su quinto cumpleaños, presidían frescas el mostrador, tras haber sido cuidadas con mimo por ambos para que sobreviviera a todos los crueles inviernos.

Ella le saludó revolviéndole el sedoso cabello rizado, gesto que él detestaba, y le preguntó si buscaba alguna flor en concreto. Con sumo dolor, Hamson respondió:

—Una linaria.

Pero Linaria se marchó tras el mostrador, buscando la flor equivocada. Hamson sonrió con amargura y decidió marcharse. En el fondo, su madre siempre había tenido la razón: nunca debió mezclarse con la gente grande; sólo acarrea sufrimiento.

Una voz masculina le llamó. La sangre del hobbit hirvió por el veneno de los celos. No tenía que darse la vuelta para comprobar que se trataba del nuevo mejor amigo de Linaria con expectativas a algo más. Sin embargo, los modales y el cariño que Linaria le profesaba a ese mozo de cuerdas le obligaba a encararse con un muchacho alto, musculoso, de larga melena negra que se mecía con el viento de la misma manera que la de los caballos que el joven cuidaba y con unos ojos tan azules como los de Linaria, pero que no le desbocaban el corazón.

—¿Me llamabas, Willy?

El aludido corrió hacia él hasta situarse a su lado, agachándose para poder conversar con él en susurros. Le colocó una robusta mano en el hombro en actitud fraternal.

—Hamson, se acerca el cumpleaños de Linaria y no sé con qué puedo conquistarla —le confesó—. Esperaba que tú pudieras ayudarme.

Los labios del hobbit se tensaron en un rictus de ira y rencor; él tampoco lo consideraba como un rival para el cortejo de la hermosa muchacha. Su deseo era marcharse corriendo de la aldea misma, para gritar en los bosques cercanos y poder expresar así parte de su dolor. Pero eso no era posible. No lo era si quería que su amada continuara imaginando que sólo un hombre suspiraba por ella.

—No sé cómo puedo aconsejarte, Willy; pero me corre prisa, así que...

—¡Hamson, aquí tienes tus semillas! —le avisó de pronto la mencionada Linaria, acercándose a los dos varones— ¿De qué hablabais vosotros dos?

Ambos le restaron importancia al asunto, mintiendo sobre el motivo de su charla. Para alejarse de la joven pareja, que pronto cruzaría ardientes miradas de deseo y amor, Hamson recogió de las manos de la muchachas las semillas de una flor que no le interesaba lo más mínimo y partió con la intención de no regresar hasta que todas las lágrimas hubieran regado la hierba de un claro del bosque, en la que quería acostarse, con la esperanza de que al despertar todo fuera diferente.

La luna se alzó llena esa noche de suma tristeza para Hamson. Los lobos aullaban, celebrando seguramente que habían rodeado a un desventurado cervatillo trasnochador que pronto lamentaría su osadía de pasear bajo la luz de las estrellas. El hobbit anhelaba que los cazadores nocturnos rastrearán su olor y lo mataran esa misma fecha, para no tener que mentir más y fingir ante todo el mundo. Él amaba a una mujer que lo consideraba como un hermano pequeño, a pesar de que en su infancia los dos habían sido iguales, a pesar de que en esos felices años ellos se abrazaban todas las noches de domingo y murmuraban secretos sólo para ellos. Él le aseguraba que su padre pronto cambiaría, que la fortuna le sonreiría, pues le había reservado un destino especial; pero Willy apareció cuando ella se encontraba en la fase de cambio de adolescente a mujer y con sus puños cambió al padre de Linaria cuando ella amargó su pena en su fuerte pecho.

El cántico de los lobos se aproximaba más y más. ¿Se cumpliría su deseo? ¿Esa noche sería la última para él? ¿El último presente de Linaria habría sido las semillas de la flor que él le regaló tantos años atrás? Los hados eran inusualmente crueles.

Una llamada de auxilio rasgó la noche. Él la desatendió; los hobbits no eran cortejadores ni héroes. ¿En qué podía ayudar él si media menos de metro veinte? La súplica de

socorro se repitió, más cercana aún que el aullido de los lobos. La voz pertenecía a un anciano: rota, rasgada, llena de profundidad. Hamson rodó sobre la hierba para ofrecerle la espalda a los gritos. No obstante, su conciencia le insistía en qué debía levantarse para comprobar al menos que no estaba en su mano rescatar a ese pobre hombre. ¿Cómo podía lamentarse de no ser un héroe o un galán si escupía a la cara a las oportunidades que se le presentaban?, le recriminó su yo interior. Con la rabia apropiándose de todos sus músculos, se incorporó y corrió hacia el origen de todo aquel jaleo.

Olvidó todo el sigilo característico de los hobbits, la naturalidad con la que éstos avanzaban a través de la foresta. Ramas de matorrales le rasgaban la piel. La sangre resbalaba por sus mejillas. Las hojas abatidas por el intransigente otoño crujían bajo sus pies. Pero cualquier depredador, hasta el más inepto de los trasgos, le habría percibido por su respiración agitada. Sin embargo, los lobos estaban extasiados con la posibilidad de carne fresca en abundancia, no percatándose de su presencia. Así, el joven Hamson pudo acercarse a un sendero en el que un desafortunado buhonero, aplastado por el cuerpo de su asno muerto por una certera ráfaga de flechas, clamaba a todo ser que le escuchara que acudiera en su ayuda.

El patetismo de la escena conmovió el sensible corazón de Hamson. El carro, repleto de toda serie de cachivaches de apariencia totalmente inútil, había volcado también y de él surgían multitud de monedas de brillante oro. El asno presentaba una mueca que podría interpretarse como una póstuma risa, con la lengua colgando inerte de su hocico.

Aprovechando que los lobos todavía no habían hecho acto de presencia, Hamson se acercó al buhonero para tratar de liberarle del cuerpo muerto de su antiguo animal de tiro. Sin embargo, al contemplar su aparente rostro de niño a la luz de la luna, el anciano sonrió.

—Los Valar han escuchado mis plegarias, buen muchacho. ¡Por favor, ayúdame!

El hobbit asintió, colocando sus pequeñas manos bajo el lomo del asno; pero el hombre de larga barba gris le interrumpió.

—No te esfuerces en mí; la luz de mi vida ya se apaga. Necesito que protejas mi posesión más valiosa.

Esa petición le facilitaba mucho el trabajo; Hamson consideró que el éxito de su intervención ya estaba asegurado.

—Busca entre mis posesiones del carro hasta que encuentres una flor de cristal. Tranquilo, no se habrá roto —le aseguró ante la cara de angustia del hobbit—. Es una joya especial, regalo de los elfos de Lórien. Cumpliré todos mis sueños cuando la siembren en la noche de fin de año. Por favor, plántala por mí.

Hamson asintió, regalándole una cálida sonrisa. Le aseguró que sembraría esa maravilla de los elfos.

—Gracias, hijo.

Al aproximarse más los aullidos de los lobos, el buhonero le apremió. Hamson saltó hacia el carromato, removiendo todas las monedas de oro y los diversos artilugios que encontró, donde colgaban a veces etiquetas que aseguraban que dicho objeto curaba todos los males que se pudieran imaginar. El inocente hobbit no cayó en la tentación de ninguna de esos cachivaches; pero aún no había encontrado la prodigiosa flor. Cuando sus dedos se posaron en un frío tallo de cristal, lo aferraron y lo extrajeron de una capa de porquería, descubrió que la joya que había jurado sembrar era una linaria cuyos pétalos brillaban a la luz de la luna.

Contempló la flor embelesado; ésa debía haber sido el regalo de su querida Linaria de aquel cumpleaños tan lejano en la que ella le aseguró que era su mejor amigo. Ésa no se

marchitaría con el paso de los años y los sentimientos de Linaria hacia él no habrían imitado la fragilidad de la vulgar linaria que él le regaló. El mayor deseo del hobbit en aquella noche donde abundaban los lobos era regresar a su infancia.

—Muchacho, vete ya —farfulló el anciano, como si el dolor apagara las últimas llamas de su vida—. Los lobos pronto estarán aquí.

Hamson asintió, mas no le miró a los ojos, pues había aparecido la tentación de romper su promesa; el buhonero no podía descubrir que iba a romperla. No cuando se hallaba al borde de la muerte; la cobardía aceleró su marcha, le convenció de no mirar atrás, le aseguró que lo mejor era considerar a la presa de los lobos una más, y no alguien especial; así, cuando rompiera su palabra, quizás los remordimientos no lo asaltarán.

En Bree, todos los hobbits habían organizado una batida para buscarle. Sus familiares se alegraron cuando retornó sano y salvo a su hogar, pero advirtieron que el semblante del joven Hamson era sombrío y que escondía algo en su regazo: una especie de tesoro envuelto en un pañuelo. Nadie se atrevió a preguntar, pues los hobbits evitaban los problemas y eran problemas lo que rodeaba al silencioso muchacho; caminaba con pesar, como si hubiera cometido un crimen terrible. No se disculpó, cuando era normalmente un joven atento; pero esa actuación no era motivada por un arrebató de desconsideración hacia ellos, sino porque era obvio que su mundo se había reducido. ¿Qué habría encontrado en el bosque?, se preguntaban todos.

El cumpleaños de Linaria se aproximaba mientras las hojas de los árboles se doraban con las caricias del otoño y la dueña de la floristería se entristecía por no haber visto a su pequeño amigo en toda la semana anterior; faltaban dos días para su cumpleaños y Hamson era el único que había estado presente en todas las celebraciones desde que se conocieron. Hasta su madre la abandonaba en algunas de esas fechas señaladas cuando quería huir de su padre. En cuanto a su progenitor, nunca les prestó demasiada atención mientras vivía. A decir verdad, aparte de su propia boda, en la única ceremonia familiar en la que estuvo presente fue su funeral; seguramente porque su asistencia era obligada. ¿Dónde se habría escondido Hamson? Omitiendo el asunto de su cumpleaños, lo cierto era que su preocupación aumentaba poco a poco; el hobbit nunca había estado ausente por la aldea durante tanto tiempo. Si no temiera a su madre, habría llamado a su casa; pero la anciana era muy desagradable con la gente grande, como ella la llamaba, y especialmente con ella.

Willy la consolaba por la noches; pero la llama de su amor no era suficiente para que olvidara tan fácilmente al buen amigo, por lo que decidió armarse de valor e ir a buscar a Hamson a su agujero hobbit la noche anterior de su cumpleaños. Sería como en los viejos tiempos: él sería de nuevo el primero en felicitarla y ella le ayudaría si se encontraba en un problema. Ignoraría a su gruñona madre si era necesario. Con esos pensamientos en la cabeza, se sorprendió cuando fue la misma gruñona hobbit la que se echó a sus pies, suplicándole ayuda por su hijo.

—¿Qué sucede, señora? —le preguntó, asustada.

La anciana no pudo formular ninguna palabra más ; se limitó a tirar de ella, arrastrándola hasta el jardín, donde su amigo desaparecido contemplaba, sentado en la tierra húmeda con las piernas cruzadas, una hermosa flor de cristal que resplandecía a la luz de la luna.

—¿Hamson? —le llamó con timidez, mas él la chistó.

La mirada de los dos amigos se posó en la flor de cristal. La madre de Hamson se marchó. Para ella, esa planta era maligna; la habría destrozado si su hijo no la defendiera con tanto ahínco. Lo mejor era estar lejos de ella.

—¿Linaria? —preguntó el hobbit cuando la joven mujer y él estuvieron a solas—  
¿Cambiarías el pasado si pudieras?

Su amiga se sorprendió, sobre todo porque había fantaseado con volver a revivir experiencias de ellos cuando eran niños. Por eso, negó sin dudar.

—Yo sí, y no me arrepentiría ni titubearía —le respondió Hamson—. Te habría regalado esta flor cuando cumpliste cinco años, en vez de esas vulgares linarias. Te habría protegido más diligentemente de tu padre. Habría cambiado la raza de mi madre por una humana. Desearía no haber nacido hobbit.

Linaria se sentó a su lado, dispuesta a acariciarle la cabeza con ternura. Hamson se apartó.

—¿Por qué dices esas cosas?

Ante esa pregunta, el hobbit, sólo un simple hobbit, la miró a los ojos con pasión.

—Porque quisiera ser igual que tú para que no me contemplaras como un niño, para que no recordáramos tiempos pasados para ser iguales el uno al otro, para poder abrazarte y que tú cabeza se pueda apoyar en mi hombro. ¡Para que no nos miren, cuchicheando, todos las malditas gentes de este pueblo!

Los búhos ulularon. El lamento de Hamson se quebró. Sus lágrimas se posaron en la única linaria que podía afirmar que era suya hasta entonces.

—Toma esa flor. Feliz cumpleaños, Linaria —anunció para después marcharse en dirección al bosque.

La joven observó compungida la fuga de su amigo. Para que su imagen internándose entre los árboles no la persiguiera esa noche, dirigió su vista hacia su hermoso presente. No obstante, con esa maniobra, el brillo de las lágrimas de Hamson sobre el cristal de la flor le recordó la muda declaración de quien no quería ser sólo su amigo, de quien habría borrado todo de su ser solamente para estar a su lado.

Por respeto, recogió la flor. Mas no para colocarla en el estante de su tienda, sino para ocultarla en un baúl de su casa. Su mayor tesoro continuarían siendo las linarias que le regaló Hamson en su quinto cumpleaños; eso fue la muestra de su amistad. La prueba del amor de él a ella quería esconderlo para olvidarlo. El siguiente paso para alcanzar ese objetivo fue hablar con Willy para que concertaran una fecha de boda; los dos se amaban. ¿Qué sentido tenía esperar? Escogieron una fecha singular; Linaria quería que su boda fuera memorable y que nada la empañara. Eligió la fecha de fin de año para ese motivo; comenzaría el año como una mujer casada.

La noticia pronto se propagó por todo Bree. Sin embargo, no llegó a oídos de Hamson. El amante despechado se convenció firmemente de no regresar nunca a Bree, de vagar por los bosques hasta que su destino cambiara, ya fuera porque encontrara otro hogar o porque los lobos impartieran justicia devorándolo por romper su promesa a un moribundo. Ni el temporal duro de finales de otoño, ni las intratables lluvias le persuadirían de volver a poner ~~sus~~ los pies peludos ~~de nuevo~~ en su hogar. Todo le recordaría a Linaria; todos los rincones de esa aldea los habían visitado en sus correrías infantiles. ¿Por qué no había crecido su cuerpo y sí su corazón?, se lamentaba.

El invierno se asomó por las tierras de Eriador, un mes más y ya se habría instalado definitivamente. El hobbit hubo de instalarse en una cueva para resguardarse del frío. Su cuerpo se enfriaba, aletargándose con la imposibilidad de avanzar más hacia el norte. Hamson no respetaba ya las dietas de un hobbit saludable; su deseo era abandonar para siempre las costumbres de su raza a pesar de que se debilitara por ello. No escuchaba los rugidos de su tripa; no se esforzaba en buscar setas por el camino con las que alimentarse. Su única intención era avanzar más y más hacia el norte, mas ese frío día en el que se asentó en la cueva cerró los ojos para descansar un tiempo a fin de reanudar la marcha con más energías.

No obstante, olvidó sus buenas costumbres y no llamó a la entrada de la cueva para asegurarse de que allí no había nadie; había invadido una propiedad ajena. El dueño del lugar se despertó al anochecer y le preparó una cálida acogida a su invitado sorpresa. Demasiado cálida para el gusto de Hamson, quien se despertó atado bocabajo mientras un troll observaba cómo las llamas se asentaban en una hoguera, dispuestas a obedecer a su señor asando con celeridad su cena.

—Hola, pequeño hobbit —le saludó tontamente el monstruo.

Hamson no respondió; su mirada carecía de miedo y de cualquier sentimiento. Su alma había muerto semanas atrás y ya sólo faltaba que su cuerpo se reuniera con ella. El troll agradeció la tranquilidad de su cena; era divertido escuchar las súplicas de sus víctimas antes de ser engullidas, pero a veces también era ~~grate~~ grata un poco de tranquilidad.

En pocos minutos, las brasas alcanzaron su punto justo para que la carne de Hamson estuviera tierna sin quemarse demasiado, por lo que el troll le desató y, agarrando su garrote, le preguntó.

—¿Cómo quieres que te mate? ¿De golpe en el cuello o rompiéndote los huesos uno a uno?

El muchacho se encogió de hombros; no le importaba la forma, sino la rapidez para que todo acabara ya. Y el troll levantó su pesado garrote para acabar lo más pronto posible, pero alguien le interrumpió.

—Discúlpame por interrumpir tu cena, buen amigo; pero creo que tu comida aún tiene que solucionar unos asuntos conmigo.

Hamson miró con pereza al anciano que había hablado, postergando el final de su sufrimiento. No le reconoció; no obstante, tampoco le apetecía negar su afirmación. En realidad, ¿qué importancia tenía que viviera o muriese? Eso no cambiaría el pasado.

—No me molestes, viejo, o te como a ti también —le amenazó la bestia.

El extraño anciano, que vestía una andrajosa túnica gris y se cubría la cabeza con un sombrero picudo, se rascó su larga barba y avanzó hacia el troll, apoyándose en su vara. Al final, se sentó en un pedrusco y, con un movimiento de sus dedos, las llamas se extinguieron.

—Lo lamento. Si fuera otra persona, por mí te lo podrías comer; pero es que tengo que tratar asuntos urgentes con él, por lo que es menester que siga vivo y con todos los huesos intactos.

El troll se hurgó la nariz, meditando sobre lo que le había dicho el extraño visitante. Como la respuesta más fácil no era pensar, atacó al aparentemente frágil anciano, quien se sumergió en las sombras, disipándose en la profundidad de la cueva.

—Estoy aquí —le llamó desde su izquierda, donde el troll descargó su puño sin alcanzarle, pero con el resultado de unos nudillos doloridos.

—Perdona, me confundí. Estoy aquí —se disculpó desde la derecha, donde el monstruo pateó a la otra pared de la cueva, la cual retumbo.

—¡No juegues conmigo, viejo! ¡Te voy a comer y roeré tus huesos! —le amenazó mientras rastreaba la cueva con una incómoda cojera.

En la hoguera prendieron unas tímidas chispas. Las necesarias para alumbrar tímidamente el hogar del troll, sumergido en la penumbra, y para que la silueta del anciano apareciera, enorme e intimidante. El troll era minúsculo comparado con él.

—¿Seguro que quieres comerme? —dijo con una voz grave que resonaba en toda la cueva.

—¡No es justo! ¡Eres un mago! ¡Así no hay quien coma! —chilló la bestia, mientras regresaba a las profundidades de su hogar.

Por fin fuera de escena el anfitrión hambriento, el anciano desató a Hamson, quien en otro tiempo habría contemplado el peculiar enfrentamiento sobrecogido, y lo sacó de allí con brusquedad y firmeza.

—Vamos a ver, estúpido hobbit. Si no vas a cumplir las promesas, no des tu palabra y mucho menos te vayas a donde nadie pueda recriminarte tus actos.

El hobbit miró extrañado al mago y después a sus peludos pies.

—¿De qué habla?

El viejo bufó.

—Finales del verano. Una noche repleta de lobos y un buhonero que va a sucumbir ante ellos. ¿Eso te refresca la memoria?

Al fin conoció los motivos por los que el mago acudió para rescatarlo, aunque era imposible que él conociera todos los detalles de aquella triste noche en la que pretendía refugiarse en el bosque, huyendo de su dolor, y se responsabilizó de una pesada carga.

—No había nadie allí... —musitó Hamson.

—Sólo mi viejo amigo, su asno, tres ardillas, seis gorriones, multitud de insectos y seis lobos que se acercaban —enumeró con una carcajada enérgica—. Sí, tienes razón. Tu crimen careció de testigos.

Hamson no quiso hablar más, pues el aura de ese anciano era extraña; era como si todo lo supiera, así que no quería que hablara más por si comenzaba a hablar sobre Linaria. ¿Le habría espiado desde que se marchó de Bree?

—Llevo varios días persiguiéndote y te detienes justamente en el cubil de un troll. Si no le tuviera tanto aprecio a ese cantamañanas, habría dado media vuelta y te habría abandonado con el cargo de conciencia.

Si el mago esperaba una respuesta, sólo recibió la muda ausencia del hobbit, quien caminaría hasta que le abandonara y pudiera reanudar la marcha hacia el norte. No obstante, ¿no avanzaban hacia el sur en ese momento?

—No vas a escapar, muchacho. Vas a volver a casa, plantarás esa flor y yo me dedicaré a asuntos más importantes.

Un odiado temor renació en el corazón de Hamson. Si le obedecía, debería hablar de nuevo con Linaria.

—La regalé. No puedo cumplir mi promesa.

Primero el silencio se abatió sobre los dos. A continuación fue el bastón el que descendió sobre la cabeza de Hamson, quien no pudo contener una queja por el dolor que le atravesaba el cráneo.

—¡Insensato! ¿Vas regalando obsequios ajenos de los elfos a terceras personas? ¿En qué cabeza cabe eso?

Dos horas duró la regañina, en la cual le explicó la importancia de respetar las últimas voluntades, el valor de los objetos élficos, además de unas cuantas normas de educación que parecía haber olvidado. Ninguno de los dos le preguntó el nombre al otro; cuando el hobbit cumpliera con su obligación, el mago se marcharía para incordiar a otra persona que mereciera más la pena. Lo repetía sin cesar una y otra vez, acompañadas esas palabras de coscorriones ocasionales con su vara para que acelerara el ritmo cuando el hobbit se retrasaba. Así, la llama de las emociones se reavivó en Hamson, quien comenzó a detestar a ese vejstorio, a pesar de que le había salvado la vida, pues de no haber sido por el deseo de éste de que sembrara la flor de cristal, se habría sentado a contemplar como el troll se lo merendaba a bocados, según sus palabras textuales.

Regresaron a ese ritmo a Bree en apenas una semana para sorpresa de todos, que ya le daban por muerto. Nunca ningún hobbit se había internado tanto tiempo en terreno desconocido por su cuenta y riesgo, y nunca ningún hobbit de Bree se habría acercado a ese demonio con forma de gente grande, y que portaba una vara con la que arreaba al pobre Hamson a buscar una extraña flor. Surgieron rumores de que ese viejo había raptado al pobre Hamson y que lo había adoptado como su sirviente. Todos, hobbits y gente grande, le espionaron mientras entraba en la posada del Poney Pisador a tomar una pinta después de que hubiera despedido al pobre chico con un golpe de su vara.

Mientras, la situación no era apta para frivolicaciones en el caso de Hamson. Esquivó a todos sus vecinos del barrio hobbit que le interrogaron sobre su desaparición y caminó sin titubear en sus pasos hasta la casa de Linaria; ya dudaría cuando hubiera de hablarle. No le había dicho un te quiero, pero su declaración de amor había sido clara como el agua. ¿Cómo habría respondido Linaria? No era su intención divagar sobre eso; debía recuperar la flor plantarla la noche de fin de año dos semanas más tarde para poder partir de nuevo hacia el norte. Era lo único en lo que debía pensar, mas todo eso se difuminó cuando Linaria se asomó a la entrada de su floristería para cuidar de las flores que él le regaló tantos años atrás.

Retrocedió un paso, temeroso. No podría dirigirle la palabra, sobre todo cuando ella alzó el rostro y sus miradas se cruzaron. Ambos retrocedieron otra vez; no podían hablarse con los sentimientos por delante como cuando eran niños. Regresarían al destino que ellos habían decidido la última noche en la que hablaron.

—¡Hamson! —le saludó alegremente Willy tras estrecharle calurosamente la mano— ¿Dónde has estado? Pasa adentro, quiero decirte algo y creo que Linaria también.

El hobbit y la mujer se observaron; ninguno se atrevió a gritarle a Willy que lo mejor era que no hablaran. Acataron su propuesta y se mordieron la lengua. Hamson entró dentro de la floristería y se sentó en una confortable silla que Willy colocó al lado de la mesa del comedor. Era la única silla con la que Hamson podía sentarse cómodamente en esa mesa; había estado apartada, pero lista para cuando regresara. Pero parecía que había sido obra de Willy, no de Linaria.

—Hamson, dentro de dos semanas Linaria y yo nos casaremos. Y queríamos que fueras el padrino de la boda. Bueno, Linaria estuvo muy callada cuando te marchaste, pero creo que está de acuerdo con la idea. ¿No es así, querida?

Linaria apartó la mirada, silenciosa como una estatua. Para escapar lo más rápido posible de allí, Hamson buscó la flor de cristal, mas no había rastro de ella. Ni siquiera Linaria le

habría recordado con ese regalo y su corazón se resquebrajó por eso y por la noticia de la boda, a pesar de que era lógico que todo se solucionara así. Sin embargo, no lloraría delante de ella. Nunca lo había hecho por respeto a ella cuando acudía a él para que la consolara por las maldades de su padre, y no empezaría entonces.

Él pondría fin a toda esa farsa.

—Gracias por la invitación, Willy, pero he de irme de nuevo. Sólo regresé porque cometí la estupidez de regalarle a Linaria algo que no me pertenecía. He vuelto por eso.

Linaria reaccionó entonces ante esas palabras, se dirigió hacia un baúl y lo abrió, removiendo su interior hasta que extrajo de él la hermosa flor, en cuya figura se habían posado minúsculas motas de polvo, que ni aun así podían disminuir su belleza.

—Toma, ya puedes marcharte —le dijo mientras depositaba la flor en los muslos de Hamson y regresaba al trabajo de esa mañana, que consistía en cuidar las linarias del mostrador para que resistieran otro invierno.

El joven hobbit no comprendió por qué se molestaba en cuidar esas inútiles flores. No obstante, se despidió de Willy; al fin había aprendido a no odiarle, ya que si no hubiera sido él, Linaria habría sucumbido a los encantos de otro con tal de que no fuera un hobbit con la apariencia de un niño.

Corrió hacia la posada y entró en ella como una exhalación. Arrojó la maldita linaria de cristal al viejo que le obligó a encarar su sufrimiento de nuevo y se marchó.

—Aún debes plantarla —le recordó antes de que se fuera.

Hamson se detuvo y entonces descargó toda su ira sobre él.

— ¿No era su amigo? ¡Pues plántela usted! ¡Estoy harto de ustedes, maldita gente grande!

Y abandonó la posada ante la atónita mirada de todos los clientes, quienes nunca habían visto levantar ni una sola vez la voz a ese hobbit tan pacífico.

Hamson se dirigió a su agujero hobbit; sabía que el viejo no cesaría de incordiarle hasta que plantara la flor de cristal en la noche de fin de año, por lo que había decidido permanecer encerrado hasta esa fecha para después irse y nunca volver. No saludó a su madre; no quería causarle más dolor, así que olvidó sus buenos modales, a los que había traicionado bastante en esa época, y se tumbó en su cómodo lecho de plumas con el rostro oculto tras la almohada.

—¿Hijo?

No articuló sonido alguno; fingió que dormía plácidamente.

—Hijo, sé que debí haberte advertido mejor sobre los riesgos de tu relación con Linaria. Desde el principio temí, cuando observé tus ojos brillar cuando la mirabas, que esto sucedería.

El atormentado hobbit cerró su puño con ira.

—Cuando tu padre murió, me fui de la Comarca para olvidar todo lo que me recordara a él. Por eso nunca regresamos para ver a sus parientes, que me preguntan por ti y ésa es la razón por la que supongo que nunca volverás cuando hayas terminado lo que te ata a ese viejo.

Sus palabras enmudecieron, temerosas de continuar con lo que tenía planeado para su hijo.

—Regresa a la Comarca y asíéntate en Hobbiton. Allí por lo menos sabré que estás a salvo, lejos de la gente grande.

—Mamá, no me enamoré de Linaria porque fuera una de la gente grande —se sinceró Hamson—. Así que no te preocupes si me reúno con ellos. Ciertamente, odio ser un hobbit. ¿Cómo podía ella fijarse en alguien cuyo aspecto es como el de un niño? Nunca podré empuñar una espada para protegerla de peligros como un hombre; nunca podré entonarle una hermosa canción de amor como un elfo; ni siquiera podré regalarle una hermosa joya forjada por mí mismo como un enano. Ni siquiera puedo hacer eso.

Las mejillas de la madre de Hamson se encendieron.

—¡Fue la gente grande la que mató a tu padre cuando intentó protegerme de ellos! ¡Así que nunca hables de ese modo!

Y sus pasos desaparecieron fuera del hogar mientras el corazón de Hamson se olvidaba de latir, mientras el muchacho se preguntaba cuántas cosas serían las que ignorara.

Todo Bree se engalanaba para la noche de fin de año y la boda de Willy y Linaria, cuyo convite sería en la posada, donde se había hospedado justamente el mago cascarrabias. En todos los hogares corría la bebida y las risas lo inundaban todo. Sin embargo, el anciano se percató de que la risa de la novia no era todo lo luminosa que debiera y otro detalle llamó su atención: las linarias que formaban su ramo de novia.

Sonrió y, tras apurar su deliciosa y espumosa bebida, se acercó a la hermosa joven.

—Una novia debería mostrar sus auténticos sentimientos el día de su boda —le comentó.

Linaria le sonrió con amargura.

—¿Y cómo sabréis vos lo que siento si ni yo misma lo sé? He vivido ciega estos años y he dañado a uno de mis seres más queridos.

El mago sonrió.

—¿Al hobbit insensato? No creo que la culpa sea sólo vuestra; ese muchacho no tiene suficientes luces para saber cómo actuar, sobre todo frente a una dama tan hermosa como vos.

Linaria se olvidó que ese día era el centro de atención y chilló al anciano.

—¡No habléis así de Hamson! ¡No se lo merece! —le recriminó entre lágrimas.

Todos, absolutamente todos, se levantaron con el propósito de encararse al viejo; creían que se había excedido con el, hasta entonces, dulce y pacífico hobbit, causando el enfado de Linaria. Ni en sus más locas teorías se habían acercado a la realidad; era algo ilógico, fantasioso.

—¿Y se merece más irse de aquí sin una sola palabra vuestra? Esta noche sembraré algo y no regresará más. Creo que es bueno que lo sepáis. Y ahora debo irme para no montar un altercado —dijo en voz alta, pues los hombres más robustos del lugar planeaban encerrarle para cuestionarle sobre sus actos.

Y, con paso enérgico y majestuoso, el viejo mago se marchó y no le volvieron a ver en Bree hasta muchos años después. Pero eso no es lo importante ahora en la historia. Las palabras del anciano se grabaron a fuego en la mente de Linaria. No, no podía permitir que Hamson se marchara sin decirle nada; pero su boda sería dentro de unas horas y si hablaba con Hamson, no quería que fuera como la mujer de Willy. Con prisa y expresión angustiada, habló con su futura suegra y le suplicó que hablara con su hijo para que retrasaran la boda hasta el día siguiente. Y, antes de marcharse como el anciano, le pidió a la mujer que le recordara a su futuro marido que lo amaba.

Por fin todo acabaría. La luna ya brillaba en el cielo, plateada y hermosa. Hamson suponía que eran las condiciones perfectas para sembrar la linaria de cristal en el jardín de su casa. Mientras cavaba una pequeña zanja en la tierra, se preguntó cuál sería el deseo del buhonero que se cumpliría cuando la flor se enraizara en aquella fértil tierra. Con todos los problemas que le había causado, esperaba de todo corazón que se hiciera realidad, no como la loca fantasía que tejió entre Linaria y él.

Finalizada su última tarea de jardinero en Bree y sin poder olvidar que la primera la desempeñó para Linaria cuando eran unos críos, se incorporó con las rodillas manchadas de tierra, dispuesto a partir hacia la Comarca; sin embargo, había una persona espiándole y secándose todas las lágrimas con las que la tristeza la castigaba.

—¿Linaria? ¿Qué haces aquí? —farfulló con un hilo de voz.

Su amiga le abrazó, tras ir corriendo hasta él. Recordando algo que le comentó una noche que parecía muy lejana en el tiempo, situó su cabeza a la misma altura que la de él. Mientras, la flor de cristal se iluminó con una mágica luz plateada que rivalizaba en intensidad con la de la luna.

—Por favor, Hamson, perdóname por no haberte tratado cómo te merecías. Por haber pensado en mí sin haberme interesado por tus sentimientos —sollozó.

El hobbit no podía sostener la mirada a la mujer que amaba; pero resistió, pues ésa sería la última vez que la vería y el destino había querido que fuese vestida de novia con las linarias que fueron su primer regalo de él para ella como ramillete de boda.

—No te preocupes, Linaria. Fui yo el que no supo qué soñaba con algo inalcanzable. Todos los hobbits sabemos que la gente grande nos miráis como si fuéramos niños.

Linaria pretendía negárselo, pero ciertamente en ese instante su imagen era la de un niño: la del hobbit torpe que conoció cuando pisoteó el jardín de su casa. Mientras, Hamson se cuestionaba francamente si no estaría enloqueciendo, pues contemplaba a Linaria como la niña a la que abrazaba para consolarla, cuando los dos eran iguales. Sin embargo, los brazos de ella se aferraron a su cuello, amoldándose perfectamente a su medida, y ella lloró sobre su hombro como antaño. Los dedos de él acariciaron sus mejillas de niña cuando le sostuvo el rostro para sumergirse en su mirada por última vez. ¿Ésa sería la magia élfica de la que le habló el viejo?

—Ojalá nada hubiera cambiado desde entonces —le susurró Linaria entonces—. Yo te pegaría por las mañanas y tú me abrazarías por las noches mientras nos confesábamos secretos el uno al otro. Todo sería como ahora.

Hamson no dudó en aprovechar el regalo con el que le había obsequiado la linaria de cristal, que refulgía rompiendo la oscuridad de la noche de fin de año. Abrazó a Linaria con fuerza mientras besaba su cabello.

—Mi corazón de niña sólo es tuyo, Hamson, y se irá contigo —le confesó entonces la chiquilla.

—Entonces espero que Willy cuide bien del ~~de la~~ de mujer —le dijo mientras depositaba un beso inocente, de niños, en sus labios y sus cuerpos regresaban a su edad correspondiente.

La mañana de año nuevo se celebró la boda entre Linaria y Willy. Ninguna de las muchachas pudo recoger el ramo que lanzó la novia, pues con un ágil salto Hamson lo recogió, aunque las malas lenguas aseguraban que la novia se lo lanzó directamente a él. Tras despedirse de su amiga y de su madre, Hamson partió rumbo a la Comarca para vivir sus años

de adulto allí, en compañía de los parientes de su padre. Convenció a su madre para que fuera con él, con el argumento de que quería que su hijo pudiera conocer a su abuela sin tener que estar varios días de camino. Y así abandonaron Bree con una afectiva despedida de todo el barrio hobbit; pero no pudo competir con el cariño del último abrazo que le dedicó Linaria.

En el camino hacia Hobbiton, se encontraron con el viejo mago, que se entretenía fumando en pipa, para sorpresa de Hamson. Con una sonrisa alegre, llena de vitalidad, lo saludó.

—¿Busca más hobbits a los que aporrear?

El anciano, que había adquirido una buena hierba de pipa de la Cuaderna del Sur en una botica de Bree, sonrió mientras formaba un anillo de humo.

—Para llenarlos de sabiduría, hijo, no aporrear.

Hamson y él compartieron una carcajada ante la atónita mirada de la madre del hobbit, quien aún no confiaba en la gente grande.

—Por cierto, una última cosa que quería preguntarle. Cuando planté la linaria de cristal, se me concedió mi mayor deseo. ¿Seguro que el de su amigo fue concedido?

El bondadoso mago le revolvió el cabello antes de responder.

—No te preocupes. Me parece que el tuyo se cumplió también porque no eráis tan diferentes.

Y ésas fueron las últimas palabras que cruzaron el mago y el hobbit antes de que Hamson entrara por primera vez en la Comarca.